

Su furor se aumentó al ver la sangre de su prima, y después de saber lo que había sucedido, que en dos palabros le contamos.

— ¡Cobardes! ¡Miserables! exclamó dirigiéndose á Calamayo, y á sus secuaces, no conseguiréis la vida de este árbol sin arrebatarme antes la mía. Él es la vida de mi madre, de mi tío, de mi prima, de nuestros padres y de nuestros hijos: matadnos antes si queréis destruirlo; pero no lo destruiréis mientras yo viva.

Pronunciadas estas palabras se aproximó al castaño, y al descubrir la hendidura que los leñadores habían hecho en el tronco, lloró en silencio como se llora á la cabecera de un moribundo.

LIX

Un diálogo terrible y amenazador entablaron Jerónimo y Calamayo, resguardado éste tras del grupo de sus leñadores.

— Vosotros sois testigos, decía el curial á éstos, de que ese joven insensato se ha opuesto con violencia y á mano armada al corte del árbol, y resistido á la justicia. Cedemos á sus amenazas para no ensangrentar la cuestión; pero tomaremos

acta de su delito y nos reservaremos el derecho de ejecutar la orden que hemos recibido, con el apoyo de la fuerza pública.

Retiráronse los leñadores con el esbirro después de esta especie de protesta, demostrándonos con sus miradas y con sus palabras que no tardarian en vengarse. Mi pobre hermana colocó sobre sus rodillas la cabeza de Fior d'Aliza para vedar la sangre que corría de la herida, y Jerónimo trajo en el hueco que formó con sus manos algunas gotas de agua cristalina para lavarla.

Entonces fué cuando los cuatro lloramos como jamás habíamos llorado en nuestra vida. Gracias á la aparición y al valor de Jerónimo habíamos quedado vencedores.

La hendidura del tronco aunque grande no era mortal; llenándola de tierra húmeda y cubriéndola con cortezas atadas con lianas, podíamos esperar que el árbol daría sus cosechas, alimentándonos en invierno; nuestro pequeño ganado lo haría en el verano y los higos pasados reemplazarían á las pasas: pero no se nos ocultaba que quedaba al castaño poco tiempo de vida, puesto que el esbirro y su consejero se habían propuesto reducirnos á la miseria y obligarnos á abandonar el pobre nido que nos ofrecía la montaña.

LX

Mi hermana nos refirió la proposición del capitán de los esbirros y la condición indicada por el procurador Calamayo para salvar la vida del castaño y aún para restituirnos nuestros bienes. Al oír Jerónimo los deseos del esbirro no pudo contener la cólera. Fior d'Aliza se puso pálida como la cera y se refugió en el regazo de mi hermana.

Yo por mi parte dejé reposar mi cabeza sobre mis manos presintiendo grandes desgracias. ¡Ay! ¿por qué aquellos señores peregrinos de Luca nos habían descubierto en nuestra pobre cabaña? ¿por qué Fior d'Aliza los había fascinado?

LXI

¡Harto fundados eran mis presentimientos! No obstante, nos dejaron algún tiempo tranquilos después del acontecimiento del castaño, y como usted ve, curamos con mucho cuidado la herida del árbol y hasta llegamos á figurarnos que nos

habían olvidado en este peñasco en el cual no hacíamos otra cosa que respirar, querernos y vivir.

LXII

Pero el amor de un libertino que ha puesto sus deseos en una inocente, es una brasa que quema la mano y que no deja dormir tranquilo al que no teme á Dios. La maldita belleza de la muchacha no se separaba de la imaginación del esbirro; y sin duda aconsejado por Calamayo, se propuso condenarnos á la miseria; obligarnos á mendigar el pan por las calles de Luca, para encerrarnos á mi hermana y á mí como vagabundos, poner á Jerónimo en la necesidad de irse á las maremmas ó al banco de una lancha pescadora y llevar á Fior d'Aliza á un convento para que la educasen como á una señorita y para que la superiora, su parienta y amiga, de acuerdo con él, la preparase á fin de casarse con ella como por caridad.

El padre Hilario, que conocía el mundo, nos indicó que tal podía ser el proyecto del esbirro; pero ¿qué podíamos hacer nosotros para contrarrestarlo? Sólo teníamos de nuestra parte á la Providencia, y hay ocasiones en que ésta parece como que se oculta para ver hasta dónde llega la

paciencia de los buenos y la perversidad de los malos. Por entonces parecía habernos olvidado completamente.

LXIII

Un día estábamos muy tranquilos, mi hermana hilando su copo en el umbral de la puerta, yo sentado al sol trenzando esteras de esparto y Jerónimo dando vuelta á los higos que se secaban al sol. Fior d'Aliza y el perro guardaban las cabras. Éstas se metieron por el campo de maíz á comer la hierba. No tocaban el maíz, pero Fior d'Aliza al notarlo, envió al pequeño Zampogna para que las trajese á nuestras tierras; pero apenas había llegado el perro al lado de ellas se oyeron seis detonaciones y aparecieron tres esbirros dando voces y lanzándose furiosos por entre los pies de maíz.

La cabra lechera quedó muerta sobre el cuerpo de uno de los cabritos que estaba criando; la otra, herida en el pescuezo, corrió instintivamente á guarecerse á los pies de su ama; el perro, con una pata media rota, se arrastraba trabajosamente; mi pobre hija que recibió algunos perdigonazos de rebote, daba lastimosos gritos, no

por sus heridas sino por las de sus queridos animales.

Aquello, señor, nos partió el alma. Mi hermana corría como loca al encuentro de su hija, yo mismo, me parecía que Dios me había dado la vista y corría también. Jerónimo bajó del techo de un solo salto; descolgó la escopeta de su padre que no había sido descargada desde su muerte, se precipitó sobre los esbirros, tiró sobre ellos al azar é hirió en el hombro á uno de los tres, que á toda prisa se llevaron sus compañeros, gritando al alejarse: — « ¡Desgraciado! has tenido más acierto que esperabas; tú mismo has firmado tu sentencia al herir á nuestro sargento: vida por vida, sangre por sangre, éste será el primero y el último crimen que cometas. »

Luego les oímos entre los abetos hablar y cortar ramas con que hacer unas angarillas para llevar á su herido camarada.

LXIV

Tan disgustados estábamos por las heridas de la muchacha, la muerte de nuestro pobre rebaño y la pierna rota del perro, mi único guía en la montaña, que ni siquiera pensamos que aquellos

hombres podían volver en mayor número, después de dejar su sargento, herido ó muerto, en el cuartel.

Por lo demás, nada teníamos nosotros que reprocharnos. No habíamos hecho sino contestar al fuego con fuego, defendiendo ó vengando á nuestros pobres animales en aquellos asesinos que les habían tirado á traición.

En brazos de Fior de Aliza murió el cabrito al entrar en casa. Jerónimo arrancó seis gruesos plomos del cuerpo de la cabra y su madre le curó las heridas. Aquél vedó también la sangre que perdía Zampogna.

Ya ve usted que curó bién, añadió el anciano, indicando con la mano el perro echado á sus pies; y me guía por los peores sitios con sus tres patas tan bien como hacía con las cuatro. Para un ciego es bastante un cojo.

LXV

¡Qué noche pasamos, señor! Magdalena, toda ella despierta atendiendo á Fior d'Aliza y oyendo si su respiración era tan suave como de ordinario; Jerónimo cuidando al herido perro, y yo sentado contra la puerta con el cabrito muerto á mis pies.

pensando en la cabra lechera y en el alimento de la familia. ¿Cómo nos mantendríamos en adelante? ¿Qué sería de nosotros con agua en vez de leche para sazonar las castañas é higos secos?

¡Ah! Dios libre al peor de mis enemigos de una noche como aquella; sólo la inocente Fior d'Aliza dormía aunque herida, con la tranquilidad del cordero que ha dejado algunos mechones de su lana entre los dientes del lobo.

LXVI

Aunque anonadados por los sucesos del día, no podíamos esperar que amaneciera sin sustraer á Jerónimo del peligro que le amenazaba.

— Es preciso que corras á ocultarte en el convento de los camaldulenses, le dijo su madre. Suplica al padre Hilario que te abra la capilla en donde ha vivido hasta la edad de noventa años el bandido de San-Stéphano; es un asilo inviolable protegido por el derecho de refugio. Los domingos iremos tu tío, Fior d'Aliza y yo después de oír la misa á llevarte ropa limpia y el alimento necesario para la semana.

— Bendita sea la idea de tu madre, exclamé yo abrazando á Jerónimo que lloraba contemplando

dormida á su prima!... Vamos, hijo mío, le dije, valor; es el único medio de esperar que pase el mal tiempo. Hay que seguir el consejo de tu madre; el espíritu de tu padre la ha inspirado. No pierdas tiempo. Despídete y encomiéndate á Dios. Sólo quedará una media hora de noche, en la cual puedes atravesar el bosque sin ser visto. Si el esbirro herido por ti ha muerto, los demás llegarán aquí al mismo tiempo que el día.

Yo le decia esto con la mano en el cerrojo de la puerta, llorando como él; su madre y prima, que nuestros sollozos habian despertado, lloraban también, al mismo tiempo que la luna enviaba su última claridad por entre las muertas hojas de la parra.

LXVII

La desgracia se encontraba más cerca de lo que pensábamos; apenas había yo corrido el cerrojo, cuando se abrió la puerta, cediendo al empuje de unos cuantos soldados emboscados en torno de la cabaña, que arrojándose al suelo se lanzaron sobre Jerónimo, tendiéndolo en tierra y ligando sus manos á la espalda con las correas de sus carabinas. Después remacharon una cadena á uno

de sus pies y le levantaron del suelo á patadas y culatazos.

— Vamos, bandido, le dijeron, te van á carear con tu víctima, y de seguro que no echarás raíces en el calabozo que te espera. Y en cuanto á ti, pequeña culebra de brillantes escamas, despídete de tu agujero al tronco del castaño, que no estarás en él mucho tiempo: las religiosas de la casa de las novicias vendrán muy pronto á buscarte para darte una educación menos salvaje. Vosotros dos, añadieron dirigiéndose á mi hermana y á mí, miserable topo de roca y vieja parca, no os inquietéis por vuestro pan: en el ducado no faltan hospitales para los ciegos y las viudas pobres, ni tampoco un pedazo de tierra para enterraros.

LXVIII

Así nos consolaron al alejarse, llevándose á Jerónimo encadenado, sin permitirnos siquiera darle un abrazo. Su madre le llamaba con gritos desesperados. Volví arrastrándome á la cabaña, y á tientas busqué el sitio en donde Fior d'Aliza había caído desmayada al presenciar la prisión de su primo.

Extendí mi mano para, como de ordinario,

acariciar sus hermosos cabellos y besar su casta frente.

¡Dios mío! Quédeme inmóvil como una estatua : en vez de los sedosos cabellos encontré su cabeza con el pelo cortado. ¡Creí que soñaba! pasé mi mano por su hombro y tenté el áspero roce del paño burdo de un colete como los que usan los *pifferari* de los Abruzzos ; la llevé á su talle y percibí un cinturón de cuero con hebillas de latón.

LXIX

Lanzé un grito de sorpresa y de horror : su tía acudió y casi perdió el conocimiento ante el aspecto de Fior d'Aliza así desfigurada.

— ¡Desgraciada... qué has hecho! ¿Qué quieres hacer? exclamamos los dos á un tiempo. La pobre muchacha permaneció en silencio largo tiempo, ocultando su rostro con los blondos cabellos que acababa de cortarse.

— Habla, ¡qué has hecho! ¡Habla por Dios!

CAPITULO III

LXX

.....

 Pero lo que sigue, es necesario, señor, que lo cuente ella misma. Nadie mejor que ella puede referir lo que pasó en su alma al verse separada de su primo, y los sucesos que ocurrieron después en Luca en seis eternos meses, más largos que toda la vida de un hombre.

Vamos, Fior d'Aliza, añadió dirigiéndose á la joven *sposa*, cuenta al señor lo que pensabas al tomar tal resolución. ¡Quién diría que ese hermoso niño es fruto de una noche en capilla!

La joven madre miró á su hijo y sonrió ante la imagen de tal recuerdo, al mismo tiempo que asomaba á sus mejillas un tinte de pudor. Después nos refirió lo que verán mis lectores, sin